

La segunda mitad del siglo

Lucía Gálvez

La segunda mitad del siglo XIX comenzó en febrero de 1852 con el triunfo del general y gobernador entrerriano Justo José de Urquiza y sus aliados, sobre Juan Manuel de Rosas¹. Terminaba una era y un viento de renovación sacudía a la república desde el Río de la Plata. Como sucede después de todo triunfo revolucionario, el ambiente era confuso: federales no rosistas, partidarios o enemigos de Urquiza, unitarios deseosos de venganza o justicia, emigrados que volvían de Montevideo, de Chile, de Bolivia y hasta de Brasil, todos querían participar y dar su opinión. Entre ellos estaban los exponentes más lúcidos de la generación del 37 (Alberdi, Sarmiento, Mitre). Ellos sabían que si la Argentina quería marchar al mismo paso que las grandes naciones había que cambiar muchas cosas, entre ellas el individualismo, el personalismo y la intolerancia. Era necesario llegar a un acuerdo entre las élites que soñaban, planeaban y echaban las bases para el nuevo país.

Una vez fuera de escena la dictadura, había que lograr el crecimiento económico y moral de la Argentina. El primer paso debía ser la tolerancia para con las ideas distintas y la unidad en los grandes proyectos nacionales. Esto no se consiguió sino después de acuerdos, secesiones, guerras y pactos que fueron acercando a los opositores una vez dada la base sin la cual era impensable la construcción del edificio: la Constitución de 1853, ideada por Alberdi y hecha realidad por Urquiza. A pesar de ésta, los argentinos –porteños y provincianos–, díscolos y levantiscos, siguieron poniendo escollos en el camino hacia la unidad a la que se llegó después de mucho esfuerzo y sangre derramada². La fundación del Club del Progreso por

¹ Como se sabe, Juan Manuel de Rosas, caudillo federal, había gobernado Buenos Aires y representado a la Argentina ante el exterior durante largos años, con los poderes extraordinarios de un dictador. Su segundo gobierno se extendió entre 1835 y 1852, y fue combatido duramente por la joven intelectualidad (Sarmiento, Mitre, Mármol, Alberdi, Florencio Varela, entre otros) que se había exiliado de la Argentina.

² Acuerdo de San Nicolás, junio de 1852; secesión de Buenos Aires, septiembre de 1852 hasta la batalla de Cepeda (triunfo de la Confederación), en octubre de 1859; Pacto de San José de Flores y reforma de la Constitución en 1860; batalla de Pavón, triunfo de Buenos Aires, 1861.

Diego de Alvear, fue un llamado a la unidad en la diversidad donde la masonería argentina jugó un papel protagónico.

En cuanto Buenos Aires se vio libre del sitio impuesto por Hilario Lagos, la ciudad empezó a crecer. Una verdadera fiebre edilicia se apoderó de los porteños. Tenían el dinero de la Aduana y la mano de obra de los albañiles y constructores italianos. Muchos de ellos venían huyendo por cuestiones políticas; otros, como el saboyano Carlos Enrique Pellegrini, habían sido contratados. En el diario porteño *La Tribuna* pueden leerse comentarios como los siguientes: «Buenos Aires debería ser representada hoy por una cuchara y una escuadra, porque desde el 14 de julio de 1854 no hace más que reedificar, remover escombros y transformar en paseos deliciosos los muladares (...) Es preciso construir el muelle y la Aduana, con la ayuda, si fuese necesario, de capitalistas nativos y extranjeros». Sarmiento gritaba a los dueños de chacras y estancias: «¡Alambren, no sean bárbaros!», y ese mismo año de 1855 llegaban al país numerosos agricultores vascos e italianos, aumentaba la importancia del ganado lanar y se abría el Muelle de Pasajeros sobre el río, con entrada sobre Paseo de Julio, al final de la calle Cangallo. En abril de 1857 quedó inaugurado el teatro Colón con un baile de máscaras y la primera audición en Buenos Aires de *La Traviata*. El público admiró la gigantesca araña de gas con 450 luces y ocho metros de diámetro que había que bajar para prenderla o apagarla. En agosto fue inaugurado el primer ferrocarril, que recorría 10 kilómetros entre la Plaza del Parque (hoy Lavalle) y la lejana barriada de Floresta, y llegaron al país 4.951 inmigrantes que se instalaron en Santa Fe y Entre Ríos iniciando la corriente colonizadora que seguiría en marcado ascenso hasta 1890. Contrastando con estos progresos apareció en el sur la amenazante figura del cacique Calfucurá y la invasión de Azul consternó a la provincia. Otro momento de duelo fue, en 1861, el gran terremoto de Mendoza que dejó la ciudad en ruinas y más de 10.000 muertos.

De Europa llegaban los éxitos literarios del momento: *Madame Bovary*, *Los miserables*, *Las flores del Mal*, *La guerra y la paz*, *Crimen y castigo*, y en Buenos Aires Mitre fundaba el diario *La Nación Argentina*. El país seguía presentando grandes contrastes entre «civilización y barbarie» como diría Sarmiento: mientras en 1865, un grupo de estancieros fundaba la Sociedad Rural para mejorar la ganadería y la Argentina alcanzaba el primer lugar en el mundo como nación exportadora de lanas, las montoneras de Felipe Varela asolaban el noroeste y una epidemia de cólera se extendía por la ciudad de Buenos Aires. Comenzaba la calamitosa guerra de la Triple Alianza y al mismo tiempo llegaban los galeses a Puerto Madryn, con la idea de poblar la Patagonia. En 1868 se inauguraban en Buenos Aires los

primeros tranvías en medio de grandes polémicas por su presunta «peligrinidad». Desde la presidencia, Sarmiento incitaba al pueblo al trabajo, la educación y el progreso.

1870 fue un año violento: Urquiza fue asesinado en su palacio de San José, Calfucurá llegó con sus «malones» hasta la ciudad de Rosario, y la muerte de Francisco Solano López puso fin a la sangrienta guerra del Paraguay en la que murieron casi todos los hombres jóvenes de ese país. Poco después se produjo en Buenos Aires una epidemia de fiebre amarilla. En abril de 1871 los muertos llegaban a 8.000. Se paralizaron las industrias y las instituciones. Dejaron de funcionar las escuelas, los bancos, los teatros, los tribunales y hasta la aduana.

Una de las consecuencias que trajo esta epidemia fue que se empezó a poblar el barrio norte con familias que habían abandonado el barrio sur. También hubo un notable crecimiento en los pueblos de veraneo de los alrededores (San Isidro, San Fernando, Tigre, Adrogué, etc.). Luchando contra circunstancias adversas Sarmiento creó el Colegio Militar, la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares y el Museo de Historia Natural. La enseñanza se difundía en todos sus estadios con una dimensión nunca alcanzada hasta entonces en el país. Se fundaron 1000 escuelas primarias, normales, colegios nacionales y cursos nocturnos. Continuaban sin embargo los «malones» destruyendo las ciudades fronterizas. La reacción del ejército no se hizo esperar: Alsina con sus coroneles Winter, Racedo y Villegas derrotaron a Pincén en Trenque Lauquen. Pero la famosa «zanja» que Alsina mandó cavar en la frontera, no detuvo a los aborígenes. Poco después Roca, nuevo ministro de guerra de Avellaneda, completaba la tarea iniciada por Alsina y sus coroneles. Con la ayuda del ferrocarril y los soldados armados con Remingtons terminó en tres meses con las invasiones y destruyó todas las tolderías hasta el Río Negro. Gran parte de las tierras tomadas serían utilizadas en sembradíos. Enormes extensiones fueron entregadas a unos pocos terratenientes y muchos soldados vendieron a terceros sus parcelas.

En 1883, el intendente Torcuato de Alvear decidió embellecer y europeizar Buenos Aires. En medio de grandes discusiones, mandó demoler la Vieja Recova que dividía la plaza del Fuerte de la de la Victoria. Terminó de construir la Casa Rosada, abrió calles y plazas, paseos y jardines y llenó de árboles la ciudad. También se construyeron grandes hospitales: Rawson, Norte, Pirovano, Álvarez y Rivadavia.

Convertida en «Tierra de Promisión» la Argentina empezó a mostrar inmensas fortunas surgidas de un día para el otro. Se levantaron las primeras mansiones y palacios del barrio norte y Buenos Aires empezó a ser lla-